

HIJOS APÓCRIFOS

VÍCTOR BALCELLS MATAS

EDICIONES  ALFABIA

«Estos hijos son míos, estas riquezas son mías». Así habla el insensato, y se atormenta. La verdad es que uno no se pertenece a sí mismo. ¿Qué decir de los hijos? ¿Qué de las riquezas?
Dhammapada, V

¿Cómo?, dije. Usted se llama Molloy, dijo el comisario. Sí, dije, acabo de acordarme. ¿Y su mamá?, dijo el comisario. Yo no comprendía. ¿También se llama Molloy?, dijo el comisario. ¿Se llama Molloy?, dije yo. Sí, dijo el comisario. Yo reflexioné. Su mamá de usted, dijo el comisario, se llama... ¡Déjeme reflexionar!, grité [...] ¿Mi mamá se llamaba Molloy?
Sin duda. Sí, también debe llamarse Molloy, dije.

Samuel Beckett

Se cree que el virus es una degeneración de una forma de vida más completa. Es posible que en otros tiempos tuviese incluso vida independiente. Ahora ha descendido a la línea divisoria entre materia viva y muerta. Solo presenta cualidades de ser vivo si tiene un huésped, si usa la vida de otro: es la renuncia a la vida misma, una caída hacia el mecanismo inorgánico, inflexible, hacia la materia sin vida.

William S. Burroughs

*Hoy me he estado dando besitos con Marguerite durante tres horas.
Ha sido muy agradable.*
Ludwig Wittgenstein

PRIMERA PARTE
Pablo Scarpa, Biógrafo

Barcelona, septiembre de 1985

La separación

1.

Solo hay un momento en que el cazador puede estar cerca de su presa: cuando ya la ha matado.

La persecución comenzó el 10 de septiembre de 1985 en un bar del ensanche barcelonés. El escritor célebre y yo nos sentamos cara a cara. Me llamó la atención la expresión de sus ojos: lasciva pero cortés. Me fijé en su boca a medio abrir, en la lengua que palpitaba entre los dientes y nos estrechamos la mano.

—Así que tú eres mi biógrafo.

Asentí.

Estaba nervioso. Coloqué las manos bajo la mesa y me pellizqué el pantalón. Me escrutaba con mirada apagada; parecía estar pensando en otras cosas.

—Tendremos que encontrarnos a menudo para tomar notas sobre tu vida —acerté a decir.

—Ni hablar —contestó Ricardo Iglesias—. Estoy muy ocupado.

Me entregó una lista con nombres de amigos, familiares y compañeros de profesión para que tuviera algo por donde empezar a escribir su biografía.

—Pero necesito hablar contigo para saber de tu vida.

—Eso de momento no es posible.

La camarera nos sirvió. Ricardo desvió la mirada hacia ella. No dejó de mirarla hasta que se hubo marchado. Luego volvió a prestarme atención.

—La semana que viene me marcho a vivir a Cracovia —dijo Ricardo—. He comprado un palacete.

—Entonces, ¿cómo nos mantendremos en contacto?

—Vendrás conmigo.

Lo miré y entonces pensé en mi padre, tan viejo, en casa, meciéndose en su balancín.

—¿Iré contigo?

—Sí, viviremos en mi palacete. Allí podrás escribir mi biografía.

—¿Y mi padre?

—¿Qué padre?

—Vivo con él y es viejo —confesé.

Ricardo tomó un sorbo de café y mordió un pedazo de croissant. Con la boca llena de comida dijo:

—Entonces abandónalo.

—Pero... —¿había oído bien?—. ¿Cómo? ¿Que lo abandone?

—Sí —contestó Ricardo aún con la boca llena—. Yo seré tu padre —añadió, y soltó una carcajada y la comida salió de su boca así, hecha pedazos.

2.

Me desperté a mediodía. Me incorporé. La luz entraba por los visillos, el sol brillaba arriba sin nada mejor que hacer y no se oía a nadie en la casa. En el aire había algo líquido, un silencio fatuo al borde del rompimiento. Primer pensamiento del día: mi padre ha muerto.

Me levanté y salí al pasillo.

Mi padre ha muerto.

Silencio.

Entré en la cocina. Nada, ningún rastro de vida: platos limpios en su sitio, orden. Atravesé el pasillo y me acerqué a la habitación de mi padre y antes de abrir la puerta me lo imaginé en la cama, tumbado con las manos sobre el pecho y la cara desencajada con un hilo de sangre en la boca; muerto.

Abrí la puerta. No había nadie en la cama.

Corrí al salón: ni rastro de mi padre.

No está, pensé, o nunca existió, pensé: he nacido de un huevo. No tengo ni padre ni madre.

Recorrí la casa de nuevo, ahora desesperado.

—Padre, padre —decía de vez en cuando; tenue balido de cabra. La voz flotaba en el vacío, se diluía.

No había nadie en casa. Las paredes y las estanterías seguían en su sitio. Las esquinas, los giros, las puertas: el hueco que deja el diablo.

Me senté en el sofá del salón. Entonces, al girar la cabeza, descubrí la sombra de mi padre a través de la cortina.

Estaba en la terraza. Su figura tosca y obesa inclinada hacia delante sobre la barandilla.

Apartó la cortina y entró en el salón. Me sentí aliviado.

Nos miramos.

—¿Dónde estabas? —le pregunté.

La respuesta era obvia. Pero por dentro seguía pensando que había muerto.

—A ti qué te importa —contestó. Se sentó en el sofá, en el otro extremo del sofá, y encendió el televisor y en la pantalla apareció una película de Hitchcock: *Encadenados*. La protagonista es una espía que debe seducir a un nazi pero se acaba atando a él y no puede liberarse y su novio verdadero, que es Cary Grant, siente que no puede soportarlo.

Para saber si una relación funciona, ya sea amorosa, amistosa o familiar, formularse la siguiente pregunta: El conjunto de conjuntos que se contienen a sí mismos, ¿se contiene a sí mismo?

Vimos desgranarse algunas escenas de la película sentados en el sofá. Estábamos callados y el ventilador giraba en el techo.

—Padre —dije por fin—. He encontrado un trabajo.

Mi padre me miró de soslayo, sin interés. Centró la vista en la película y no dijo nada. Uno de los personajes se servía una copa de champaña.

—Me marchó de casa —anuncié sorprendentemente.

Entonces mi padre giró la cabeza y me escrutó: abrió los ojos pero la mano siguió apoyada con dulzura sobre el mando del televisor.

—¿Qué? —dijo atónito.

—He dicho que me voy de casa.

—¿Tú? ¿Te vas? ¿Cómo es posible? —dijo—, ¿Hablas en serio?

—Sí.
—Eso no puede ser. Debes quedarte aquí, soy viejo. En el televisor un personaje caminaba sigilosamente por un sótano buscando algo.
—He encontrado un trabajo —repetí—. Tendré que marcharme de casa.
—¿Qué clase de trabajo has encontrado tú?
—Voy a escribir la biografía de un escritor famoso.
—¿Un qué?
—Un escritor famoso.
—¿Y por qué te tienes que ir de casa?
—Porque él se marcha a Cracovia y tengo que acompañarle para poder escribir su biografía.
—¿Qué es Cracovia? ... ¿Es un país?
—No.
—¿Una ciudad?
—Sí.
—¿Y quién es ese escritor?
—Se llama Ricardo Iglesias, seguro que lo conoces. No dijo nada. Nos quedamos quietos. En la película un personaje descorchaba otra botella de champaña.
Se cierra la puerta y cae un telón; el *agon*, pues. Así comienza esta historia y el amor no lo vence todo.

3.

Soy un ignorante, eso es lo cierto. No existe otra palabra para definir lo que soy. Me dedico a escribir biografías. La persecución empezó el 10 de septiembre de 1985. Ese día encontré a Ricardo Iglesias en un bar y acordamos que me marcharía con él a Cracovia. Me

dio una lista de personas a las que visitar para poder empezar a escribir la biografía. Empecé a preparar una maleta sin conocer la fecha exacta de nuestra partida. Visité a algunos individuos que figuraban en la lista y mantuve tediosas conversaciones que transcribía por las noches, a la espera de nuestro viaje. Acumulación de datos inútiles. Y cuando cogía el teléfono para llamar a Ricardo nunca contestaba, y si lo hacía era para decirme que tenía mucha prisa, que se iba a cualquier parte, que era imposible que nos viésemos en ese momento y en cualquier momento y que ya nos veríamos mucho en Cracovia, en el palacete que compartiríamos. Eso me decía por teléfono con su voz rasgada:

—Será como vivir en la Edad Media —y se reía y el sonido del teléfono se saturaba.

Septiembre, final de un verano poco caluroso.

Pasé aquellas noches sentado en mi escritorio entusiasmado por el nuevo empleo y desconsolado por tener que dejar a mi padre. Por las noches trataba de reconstruir la vida de Ricardo, sobre el papel, desde la extraña lejanía de una infancia incierta. Las partes de su vida aparecían como el pez en el agua estancada: apenas un instante para luego volver otra vez a la espesura verde. En el salón: mi padre. Mi padre y el salón eran una misma cosa. El televisor a veces se añadía al conjunto.

Sobre mi cama había una maleta a medio hacer. Uno se va llenando poco a poco de las cosas y después no sabe cómo liberarse de ellas. Padre, pedazo de tierra herida una vez iluminada y ahora a oscuras. Lo recuerdo saliendo de casa con el carrito de la compra. Yo llegaba por la acera. Volvía de una entrevista,

la biografía avanzaba a duras penas. En realidad, no avanzaría en ningún sentido hasta que no lograra hablar con Ricardo.

—Acompáñame a comprar —dijo mi padre, y entonces era el 13 de septiembre y en la Unión Soviética todo se acababa y entre mi padre y yo también había un acto de clausura difícil de definir.

—Acompáñame —repitió—. No tenemos comida en casa.

Subimos por la calle. Mi padre sujetaba el carrito de la compra y el carrito de la compra chirriaba.

—¿Lo que me dijiste el otro día es cierto? —preguntó—¿Te vas a marchar de casa? ¿De Barcelona?

—Sí, ya te lo expliqué. Me ha contratado Ricardo Iglesias, el escritor.

—¿El qué?

—El escritor.

—¿Y para qué te quiere, hijo? ¿Para qué?

—Quiere que escriba su biografía.

—¿Y por qué quiere que escribas tú si él ya es escritor? ¡No puedes irte!

Cruzamos la calle. Mi padre cogió el carrito con ambas manos para subir al arcén.

—Me siento culpable, padre —dije tras un titubeo. Se detuvo.

—¿Qué haré yo solo? —dijo, repitiendo algo que ya había dicho otras veces.

—¿Qué haré yo solo? —volvió a decir—. ¿Morirme? Avanzó unos pasos y se paró frente a una tienda:

—Tengo que entrar en la charcutería.

Subió trabajosamente el escalón de la charcutería; era anciano.

—Tú no te muevas de aquí. Sujeta el carrito.

Me quedé con el carro de la compra mientras él compraba embutidos. A través del olor del salchichón y del jamón pude sentir el sabor de la culpabilidad. Tal vez en algún momento nos prometimos amor, no lo recuerdo o quizá era demasiado pequeño cuando eso ocurrió, pero al parecer prometimos que ese amor duraría. El nacimiento es un compromiso difícil de romper.

No sé nada de mi padre, pensé mientras él se movía sin gracia por la charcutería. ¿De dónde viene? ¿Qué hizo?

La memoria se diluye y uno lee todos los libros que puede y al cabo de los años lo único que recuerda son los amores que no tuvo.

Me quedé apoyado en la pared. Mi padre no salía. Me sentí inquieto y anacrónico, allí, sujetando el carrito de la compra. Los coches, la gente, todo pasaba a mi alrededor. Asomé la cabeza por el borde de la puerta, ciclópeo. Había mucha gente. Ya no veía a mi padre. Mi padre no salía.

11 de noviembre de 1911, diarios de Kafka: «Con el ramo de flores, esperaba satisfacer un poco mi amor por ella, y fue totalmente inútil».

Mi padre no salía.

Entré en la charcutería. Me abrí paso entre el gentío que se arracimaba en torno a la báscula.

—Padre —dije buscando algo, tímidamente—. Padre.

Padre estaba en el suelo con la cabeza apoyada contra los quesos y dos mujeres lo abanicaban.

—Se ha mareado —dijo alguien.

Padre abrió los ojos y me miró. La cara era joven como la de un niño y los ojos eran viejos.

No me acerqué a él. Nos miramos en la distancia, él desde el suelo. Dejé que otros lo socorrieran. Al fondo los jamones tomaban el fresco bajo el impulso del aire acondicionado.

Quizá volvamos a cruzarnos, pensé entonces, pero allí donde te abandone no volveré a encontrarte.

4.

Un buen día me armé de valor y me senté sobre mi padre, en su trono. Padre, tenemos que hablar sobre tu silencio que nunca rompes. Entonces descubrí que llevaba cinco años muerto.

Daniel G. Verzoletto

Quedé con Ricardo Iglesias en el bar *Lletraferit* a las siete de la tarde.

No se presentó.

Volví a quedar con él el día siguiente y tampoco se presentó.

Acudí a su casa: no estaba.

Lo llamé muchas veces. Cuando lograba contactar con él me repetía lo bien que lo pasaríamos en Cracovia, anunciaba que pronto nos marcharíamos pero que aún no sabía cuándo y decía que todo sería distinto, que sería fabuloso pasar el invierno junto al río Vístula.

—Pero yo necesito hablar contigo ahora —contestaba—. Ya no quedan más personas que entrevistar y me faltan muchos datos para poder escribir algún tipo de biografía.

—Ahora no puede ser —decía él.

—¿Y cómo escribo la biografía? —preguntaba.

—Invéntatelo —contestaba.

El día 17 regresé a casa tras culminar las últimas entrevistas y me puse a transcribirlas. Luego me levanté, decidido.

—¡Padre, me voy de casa! —anuncié.

Padre estaba en la cocina y solo contestó que había que lavar los platos y que ya estaba bien de tonterías.

—¿Me has oído? Me voy de casa —repetí.

—Estos platos últimamente tienen mucha grasa —observó—. Hay que limpiarlos mejor y con agua caliente.

Al entrar en la cocina me lo encontré con el delantal puesto y con aspecto cansado. Las cacerolas bullían y yo pensé que nunca le conocería, que eso era imposible, que no tenemos los medios para conocer a quien nos ha creado.

Padre cogió un plato y dijo:

—Toma, un regalo, friégalo.

Se quitó el delantal y se marchó al salón.

Me puse el delantal.

Cogí un plato y lo fregué. Exprimí el jabón, las burbujas explotaron, el agua se marchaba por el fregadero. No me separaría de mi padre sin dolor. Quedaban unos quince platos por fregar. Oí desde la cocina cómo Padre había encendido el televisor y veía una película, y no me extrañó que fuera otra vez *Encadenados*, de Hitchcock. Podía verle a través del pasillo, sentado en el sofá, si ladeaba un poco la espalda.

—Escúchame, padre —le dije.

No hubo respuesta. Sonó en la televisión un ruido como de beso; repentina unión para luego la sórdida separación.

—Escúchame —repetí alzando la voz.

Era una cuestión de equilibrio. Cada día habría más platos que fregar y por mucho que se fregaran todos los platos del mundo y el mundo se llenara de jabón y furia limpiadora, habría más platos que fregar al día siguiente.

Cogí el tercer plato. Se parecía a los demás platos, pero en uno de sus costados quedaban rastros de tomate. El pasado. Me aparté del fregadero, sujetándolo, y lo dejé caer contra el suelo. El plato se rompió.

Padre se alborotó en el salón. Se acercó a la cocina arrastrando las zapatillas y gritó:

—¡Pero qué has hecho!

Me quedé mirándolo con las manos llenas de jabón:

—Padre, me marchó de casa.

—¿Qué? —gritó—¿Qué me dices?

—¡Que me marchó!

—Cállate y sigue limpiando, por Dios, que es hora de ir a dormir.

Cogí otro plato y lo dejé caer contra el suelo.

—Me voy —repetí, y se hizo un silencio genial.

—... ¿C... Cómo que te vas? ¿A dónde te vas? —preguntó él como si acabara de conocer la noticia.

—Ya te lo he dicho muchas veces. Me marchó a Cracovia, tengo un trabajo.

—Ay —dijo padre. Perdió el equilibrio o simuló perderlo y se apoyó en el fregadero, en cuyo interior aún quedaban más platos sucios.

—Tienes que entenderlo, me voy.

—Pero ¿qué haré yo? ¿Qué haré? —gritó padre y yo no supe qué decir y bajé la vista. Luego lo miré y me encogí de hombros:

—Sin mí no habrá tantos platos que limpiar —sentencié, y padre me escrutó y no supo si reír o llorar. Tras unos instantes de silencio que aproveché para secarme las manos, me giré y empecé a caminar por el pasillo, como en una escena de final de película cuando el círculo negro se estrecha sobre los que se van, aunque yo no me fuera con una mujer como en las películas, *y fueron felices y comieron perdices*, y tan solo dejara atrás la figura pálida y tosca de padre quieto en la cocina rodeado de platos sucios, ya lejos y en silencio.

Atravesé la casa, entré en mi habitación y cerré la puerta.

Había quedado consumada la escenificación de la despedida: un fluir lento con un final más o menos estúpido, como el del río que desemboca en su mar sin poder impedirlo.

5.

Destierro, hastío, polución, materia muerta.

Bajé del autobús de la escuela pero nadie había venido a buscarme. Papá se había olvidado de venir a buscarme.

Estuve un rato esperando junto al semáforo, pero hacía frío. Entré en un bar y me senté en un taburete. Las piernas me colgaban.

Pedí dos donuts de chocolate y la camarera me sirvió también una Coca cola.

Me sentí feliz con las piernas colgándome, allí, en el bar. Esperaba a mi padre.

Mientras tanto un señor se acercó y se sentó a mi lado, y me habló de algo que apenas recuerdo. Un sueño. Un sueño en el que se había soñado a sí mismo allí, en el bar, junto a mí, en el bar de pronto vacío, solo con nosotros dos.

Pasó mucho tiempo, el señor se marchó. Se hizo de noche y nadie había venido a recogerme.

De pronto entró papá en el bar, histérico, como buscando algo. Al verme se acercó a mí y me dijo:

—¿Dónde te habías metido? Llevo una hora buscándote.

No logré decirle que llevaba mucho tiempo esperándole: vio el plato vacío y la coca cola y se enfadó.

La camarera me miró con desdén, como queriendo decir: ¡Has sido un niño malo y has comido demasiado! Y quise explicarle que nadie había ido a buscarme al autobús, pero no pude, las piernas me colgaban y mi padre y la camarera se pusieron a hablar de otras cosas y se miraron de aquella forma y yo no pude decir nada, allí, tan pequeño, como los caracoles después de la lluvia cuando intentan atravesar el jardín.

Los hechos son como son. Difíciles de juzgar. Y ya sea esto un bien o un mal, siento que no puedo soportarlo.

6.

La persecución empezó el 10 de septiembre de 1985. El día 20 ya estaba desesperado. No había vuelto a ver a Ricardo y cuando lograba contactar con él por teléfono solo me hablaba del futuro como una de esas novias que piensan en dejarte y no dejan de mencionar todas las cosas que se podrían hacer pero no se harán.

Aquella mañana del décimo día descolgué una vez más el teléfono y llamé a Ricardo. Marqué el número y, sorpresa, contestó una mujer.

—Querría hablar con Ricardo Iglesias —dije.

—No —dijo.

—¿Cómo que no?

—No ser posible, *sinior*.

—¿Por qué? —pregunté.

—El marcharse —contestó la mujer.

—¿Marcharse?

—Marcharse lejos, *sinior*.

—¿Cracovia?

—Sí *sinior*, Cracovia. Lejos.

Hubo un silencio antes de que pudiese reaccionar:

—¿Ha dejado alguna nota para mí? Soy Pablo Scarpa, su biógrafo.

—Perdone, yo no...

—¿Ha dejado alguna nota para mí? ¿Pablo Scarpa...?

—No, *sinior*... —pausa—. Yo tener que lavar platos, *sinior*, buena tarde.

Se cortó la conexión.

Había llegado la hora de partir. Debía acompañar a Ricardo para redactar su biografía. No me había avisado, pero así lo habíamos acordado. Necesitaba verlo y hablar con él para cumplir con mi trabajo.

Recuerdo que entonces entré en el salón. Estaba vacío pero la televisión estaba encendida, emitiendo imágenes para nadie. Sobre la mesa, la correspondencia. Había una carta sin remitente para mí. Alguien la había abierto si mi permiso. En su interior, un billete de avión con destino Cracovia.

Hay un paso de un momento a otro pero son importantes los nexos, el instante preciso en que las cosas cambian.

Apagué el televisor y el salón quedó en silencio, compacto.

Caminé por el pasillo con un atisbo de miedo. Llegué hasta la habitación de mi padre. El tacto de su puerta: frío. La abrí y lo encontré tendido en la cama, boca arriba, con las manos sobre el pecho, como quién está en un ataúd.

Me acerqué y traté de decirle algo. Él despertaba de un sueño, me hizo callar.

—Márchate de aquí —dijo con las manos inmóviles sobre el pecho.

Me acerqué y le puse la mano en el regazo. No hubo más gestos. Solo inmovilidad total, ojos quietos.

Regresé a mi habitación. Allí estaba la maleta. Maletas que tardan días o semanas en hacerse: maletas definitivas. Introduje en ella las transcripciones de las entrevistas que había hecho a los conocidos de Ricardo, los únicos datos que tenía acerca de su vida, y la cerré.

Alguien dijo que el diablo también es conocido por las obras buenas que lleva a cabo. A veces hay incendios en los que mucha gente muere. Sin embargo, la basura se elimina gracias al fuego.

Esta es la paradoja: *El conjunto de conjuntos que se contienen a sí mismos, ¿se contiene a sí mismo?*

7.

El problema de las piscinas.

Pienso que todos los problemas de nuestra infancia giran alrededor de los profesores de natación.

Uno de los principales inconvenientes de las personas nacidas entre los años 50 y 60, como es mi caso, fueron las piscinas. Por eso quizá luego la guerra del Vietnam, la crisis del petróleo y todos esos disparates.

A los niños nacidos en esas décadas nadie les enseñaba a nadar. No había profesores de natación ni instituciones que formaran al respecto. Había, en cambio, un mar gigantesco, los ríos, los lagos, y aquella moda nueva de construir piscinas por todas partes.

Los padres cogían a sus hijos, les quitaban la ropa y los acercaban a las piscinas, por lo general llenas, y decían:

—Vas a aprender a nadar según el método balístico.

Cogían al hijo por los brazos y lo balanceaban canturreando una canción y el niño veía el abismo.

—Mueve los brazos todo lo que puedas o te hundirás —anunciaban los padres, y después de la canción (aunque a veces no había canción) los lanzaban al agua y los niños agitaban los brazos y las piernas, movían la cintura pero no bailaban, querían vivir pero se ahogaban.

Así aprendimos a nadar, después de hundirnos mucho, de tragar agua y de comprender lo necia que puede ser la muerte en el agua y lo necios que eran nuestros padres, que a través de nuestra penuria se realizaban a sí mismos. Aquí nuestro trauma. La causa

de las guerras y el odio. No podíamos crecer sanos habiendo aprendido a nadar de aquella manera.

Bienaventurados vosotros, los nuevos profesores de natación, porque sois los sacerdotes custodios de la serenidad. En vuestros flotadores y en vuestras técnicas está la salvación del ser humano y la muerte futura de todos los psicólogos.

Sería tan fácil arreglar las cosas de esta manera, cambiando solo una pieza.

Así que invoco a los padres y a las madres. Que mañana la revolución sean colas kilométricas en las piscinas municipales, flores y bañadores, que mañana sea la desnudez; el principio de una nueva época.

8.

Lo luminoso puede ser deslumbrante y dejarte ciego.

La persecución empezó el 10 de septiembre. El día 25 ya estaba en un avión.

¿Encontraría a Ricardo Iglesias? Tenía mis dudas.

Al entrar en el avión supe que no me había tocado ventanilla. Los tímidos necesitamos las ventanillas. Me tocó el pasillo. A mi derecha había una pareja de enamorados. Pensé en el abandono, en dejar atrás países y personas que queremos. Cada ciudad huele de manera distinta: Barcelona a mar, orín y vinagre. París a nubes y a curvas del Sena. ¿Qué olor tendría Cracovia?

La pareja se tocaba. Tomaban fotografías de sí mismos estirando los brazos frente a mi cara.

Las azafatas decían: *bienvenidos, volaremos a diez mil metros de altura, cero toneladas de amistad y ojalá que cada beso fuese hasta el final de la lengua.*

Me abroché el cinturón.

Cogí un libro y traté de leer, pero a mi derecha se desataba el amor y la pareja hacía planes de futuro y yo pensaba en mi padre, ya sin mucho futuro, y ya lejos de mí.

Iremos a Cracovia, decían los enamorados, caminaremos por el Vístula, *Stare Miasto*, te quiero, eres tan bonito.

Foto.

Intenté no aparecer en las fotografías. Traté de cubrirme con el libro que tenía entre las manos pero no pudo ser: las ediciones de bolsillo están hechas para estar en sociedad: no pesan, no te tapan, se deshacen con facilidad.

Al habla el comandante Schwartz desde la cabina. Una temperatura de cuatro grados centígrados en Cracovia.

Pensé en mi padre, allí, en su cama con las manos puestas de aquella manera, como en un ataúd.

La azafata mostraba el funcionamiento de las máscaras de oxígeno.

La ciudad a través de la ventanilla de un taxi es tan rara.

¿Encontraría a Ricardo?

Dejé el libro.

Les rogamos que se abrochen los cinturones.

A mi lado la pareja seguía tomando fotos.

—Patata —dijo ella, y luego me miró y me dijo:

—¿Le gustaría también a usted salir en la foto?

¿Con nosotros? ... ¡Ja ja ja!

—¿Yo? —dije.

—Sí, claro, usted, ¿quién si no?

—Bueno —contesté, y traté de sonreír.

Saltó el flash.

No hay magia en los vuelos internacionales: se encienden las turbinas, encaramos la pista de despegue.

Y luego, semanas después, aquella pareja revelaría el carrete y mostraría las fotografías a los suegros, a los amigos, padres y abuelos. Enmarcarían alguna de esas imágenes y años después los nietos un día llegarían, la verían y se preguntarían: ¿Quién es ese hombre triste que aparece en la foto?, refiriéndose a mí tratando de esconderme detrás de un libro de bolsillo.

Pablo Scarpa, biógrafo de Ricardo Iglesias.

Buenos días, les habla el sobrecargo, vamos a servir refrescos y comida, les deseamos un feliz viaje.

Sonaba música por los altavoces.

Ojalá no llueva cuando estemos encima de las nubes.